

improvisación suya, cuando apenas si tenía unos veinte años. Estaba Muñoz Londoño de jira por el río en compañía de unos amigos, y quisieron bañarse en el bellissimo río (o «tomar un baño», escriben ciertos correspondientes por darlas elegantes).

Se desnudaron, y Muñoz Londoño, con toda modestia, colocó sobre sus ropas un crucifijo grande y un puñal pequeño, con empuñadura de plata, que llevaba en los bolsillos. Sus compañeros diéronse a admirar los dos objetos y a comentar el hecho de que cosas tan heterogéneas estuvieran sobre un individuo. Roberto, ya fastidiado con los comentarios, les dijo:

«Si me prestan un lápiz y un papel, les digo qué llevo siempre conmigo este crucifijo y este puñal.»

Uno de sus compañeros, de apellido Cardona, si mal no recuerdo, le prestó un lápiz y un libretín de bolsillo, y en éste improvisó Muñoz Londoño los siguientes versos, que años después publicó complementados con otros:

«Colgado sobre el pecho
con un cordón de seda,
por todas partes llevo
mi Cristo de marfil:
el único recuerdo
que de mi madre queda;
lo llevo sobre el pecho
con un cordón de seda,
y en él toda la angustia
de su dolor febril.

Colgado en la cintura
con un fajón de cuero,
llevo un puñal de plata
que brilla con el sol;
recuerdo de mi padre
que admiro y que venero,
lo llevo en la cintura
con un fajón de cuero
y finco en él mi orgullo
de indio y de español.

Cuando el demonio agita
mis furiosas pasiones,
me defiende mi Cristo
del pecado mortal,
y contra las infamias
y contra las traiciones
mi puñal me defiende
partiendo corazones...
Por eso me acompañan
un Cristo y un puñal».